

Otto-Raúl González (1921-2007)

La obra de Otto-Raúl constituye una de las páginas más admirables de la literatura mundial, por su amor a la poesía y el sentido social de su pensamiento que a través de ella trasciende. Evidentemente es un poeta de comportamiento modesto aunque no debería ser así, porque realmente es uno de nuestros más grandes poetas en lengua castellana.

Eulalio Ferrer

Breve Antología poética de Otto-Raúl González

Versos droláticos

Gracias al cielo Gracias le doy a San Miguel de Calda y a San Ramón, a San Ramón nonato porque me dan este momento grato en que Cecilia súbase la falda. Y a San Antonio porque me respalda Gracias también al santo Fortunato a San Martín de Porres, el mulato y a San Cristóbal de fornida espalda. Gracias le doy también a San Rolando, a San Benito fiel y San Raimundo, a San José las gracias no le escondo. Y Cecilia que en trance estaba entrando: “Cállate ya marido pudibundo, dijo impaciente, y ensártalo hasta el fondo”.

Balada de la mudita que se enamoró de Superman

La mudita no aparta la vista de la infantil revista en donde aparece su héroe de ficción y cuando Superman vuela desde la tierra hasta el lejano planeta de Plutón, la muda se aterrera y siente estremecimiento en su corazón.

Sigue leyendo, se rasca una axila, se le abren la boca y las piernas y su pecho rebota cuando Superman se queda

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

SELECCIÓN DE DIONICIO MORALES

en pelota. De la boba revista los ojos no despega y con su pensamiento ruega: amado Superman, dilucidar yo quiero si tiene el miembro de acero. O si sólo es miga de pan.

Malas lenguas

Que no hay mujeres frías, sostuvo en tesis magistral, famosa médica, lo que pasa es que Siempre ha habido y hubo en todos los países malas lenguas. Sabio galeno concibió con saña pelos y señales en volumen diciendo que no es cierto, que en resumen lo que existe es mujer que no se baña.

Zarabanda

El baile a mí me estimula y siempre tengo buen Ojo. ¿Usted no baila, mi chula?- Yo bailo, pero cojo.

Cantigas para Joan Báez

Fragmento

III

La voz de antiguos y aún brillantes terciopelos
taladra las paredes detiene los relojes
y da la sensación de un tiempo sin espacio
y de un espacio en donde el tiempo es puro olvido
pero la química vuelve a aparecer y suelta ráfagas
de aire caliente revuelto con amorosos defoliadores
delicados herbicidas y bombas bacteriológicas qué eficaces
ya no es la corte de Francia ni la apacible llanura galesa
sino la selva tropical sus largos dedos verdes
ahogando al combatiente impidiéndole el paso
con trampas de arenas movedizas con pantanos de ojo fosfóreo
promontorios de pelados huesos y luces pequeñas y amarillas
montes pelados por los herbicidas cráneos ya para siempre
[mondos
árboles asesinados a mansalva vegetación sin hijos y sin hojas
mostrando al desnudo el esqueleto y las llagas y pústulas malditas
la voz la voz de Joan Báez me llena nos llena de aire los pulmones
limpia el horizonte legamoso me lava nos lava las tinieblas
hace más firme la esperanza y disipa el humo de las bombas
[y las ruinas.

IV

Y las canciones de protesta ¿quién protesta? ¿los que están locos?
¿los que no están locos? ¿es el mundo en que vivo en que vivimos
digno de estos cantos? ¿de esa voz? ¿merezco merecemos esa voz?
La voz ilumina
la luz canta
el tacto mira
el ojo palpa
y miro y miramos y palpo y palpamos y oigo y oímos baladas y
[romanzas
romances y corridos de otra época de esta época de todos tiempos

porque esa voz es intemporal y no está más allá o más acá del tiempo
porque es el tiempo mismo

Felices e infelices a un tiempo escucho escuchamos esa voz

que es la voz de las flores pero de todas las flores

incluidas las del cacto

la voz de las inmensas praderas del oeste americano norteamericano

la voz de las carretas y de los vagones de las largas caravanas

en las que viajaron amándose rasguñándose protegiéndose

innumerables jóvenes Jacks e innumerables rubias Marys

Es la voz que han levantado para arrullar su dolor a orillas del

[inmenso Mississippi

los innumerables sobrinos del tío San y sus innúmeras sobrinas

es la voz que recoge la protesta la triste dulzura el dolor pisoteado

el amor herido el suspiro apuñalado la esperanza rota la lágrima inútil

el espasmo interrumpido la caricia no iniciada el brillo de la sangre

la venganza en fin enarbolada

VI

Ahora que si los jóvenes soldados que matan y son muertos
sin entender bien por qué pelean en lejanos campos de batalla
escuchasen los pletóricos timbres intemporales de Joan Báez
dejarían enseguida las armas se quitarían del rostro el color

[de lamuerte

y pasarían cantando ellos también bajo los arcos triunfales de

[la vida

Diez colores nuevos

Fragmento

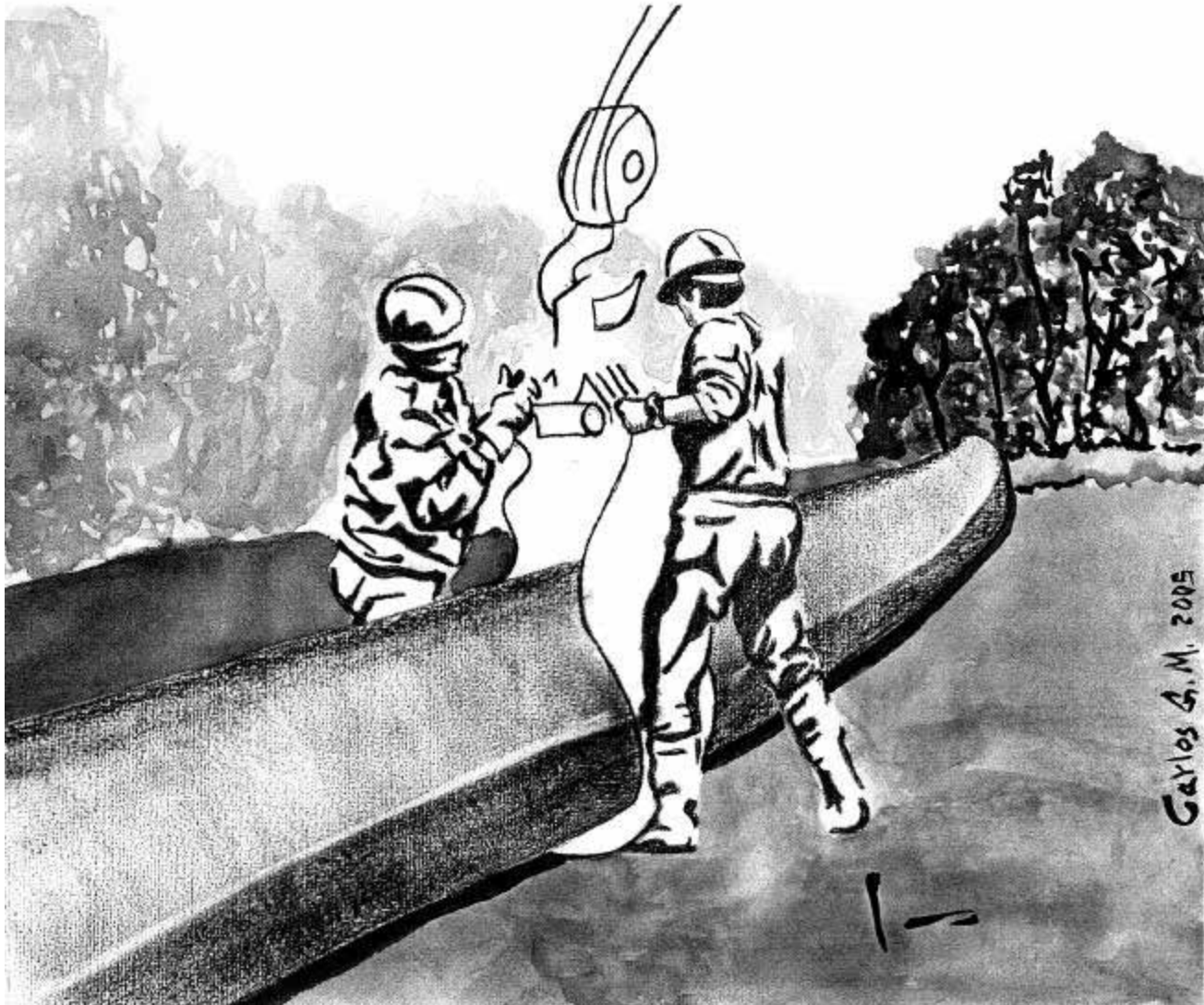
Enirio

De color enirio es el séptimo sol de Capella,

el cabello de los niños precoces

que nacerán en el año dos mil

y el color de las frutas más amargas.



para la memoria histórica

Carlos G.M.

Actualmente podemos compararlo
a la piel de los duraznos
de los húmedos huertos de San Juan Sacatepéquez,
aunque toda comparación sea odiosa
y más respecto a este pormenor
tan delicado.

También podría darnos una vaga idea del color enirio
la pequeña campana de los floripondios,
pero estas joyas no se ven de cerca
porque producen sueño,
o bien, el primer bozo que le sale a los melocotones,

al sol melocotón de las seis de la mañana,
a los hombres cuando dejan de ser niños
y a las doncellas cuando sienten
su primer desarreglo.

Dunia

Dunias son las sonrisas que intercambian,
bobalicones, los enamorados,
dunia es la flor que no se mira nunca,
y es dunia también la primera sonrisa
de un recién nacido.

Dunia es el color de todo lo inmaterial,
 es el color de la ausencia,
 el color de los adioses
 y el color con que la música y la poesía
 se presentan cuando echan la casa por la ventana.

La piel de un potrillo o de un becerro
 de tres días es de un dunia intenso,
 lo mismo que las perlas en embrión,
 las estrellas que no se ven desde la tierra,
 los pétalos no abiertos de las flores
 y los ojos de los niños que duermen
 en el claustro materno.

Lo no tocado todavía es dunia,
 como la atmósfera de los espejismos
 y las plumas de los pájaros
 que oímos cantar, pero no vemos.

Los lagos y los ríos que nadie ha descubierto
 en estas selvas vírgenes de América
 agitan aguas dunias
 que dejarán de serlo en cuanto sean vistas.
 Dunia... Dunia... Dunia...

Vainumio

Vainumio es el caballo sin cabeza,
 la muñeca con vísceras de trapo,
 el trompo, los guijarros, las canicas
 que la escoba del tiempo
 barrió de nuestro patio.

Vainumios los cabellos de las hadas
 y la espada de los príncipes

que reducía a los dragones fieros
 a triste condición de ceros a la izquierda.

Y es de color vainumio la primera
 letra obtenida con indócil mano
 en el roto cuaderno de la escuela;
 y las vocales son también vainumias
 así como la frase inolvidable
 que por primera vez leímos
 sin ayuda de nadie.

Toda esa luz de la niñez perdida
 es vainumia y ya sólo en sueño
 la podemos ver.

La siesta del gorila

No soporto a los jóvenes,
 aunque bien sé que sólo soy un gorila viejo;
 no me importa tampoco que derramen
 ácidos improprios o líquidos insultos
 sobre mi desayuno.

Yo pienso en cosas graves y profundas
 y que son, desde luego, de mayor importancia;
 por ejemplo, en que mi gobierno
 caiga de un día a otro,
 o en que descienda el precio de las materias primas.

Mi pueblo no me comprende...
 pro yo pienso en él y me desvelo;
 para mí mismo yo no quiero nada...
 Todo es tan pasajero en esta vida.
 Cuando yo fui pequeño, le decía a mi nana...
 Pero aquí yo soy el amo... Mi espolón es de hierro.

Yo soy el hombre y la muralla.
 Soy el santo al que todos se encomiendan;
 difícil les va a ser tirarme de esta silla.

Durante mi niñez me ladraron los perros del hambre...
El invierno restalló en mis espaldas
su látigo mojado
y en mi rostro picado de amarguras.

Pero hay jóvenes
que me hurtan el placer de una siesta tranquila;
para ellos: la cárcel y el exilio,
el plomo de las balas,
la red de las torturas,
la pócima letal del sufrimiento
o el paredón a secas.

Pero también hay noches tibias y muchachas doradas
que a mis manos gordas arrancan sus mejores caricias,
aunque al abrir mis ojos en sus ojos descubra
el carbón encendido del desprecio.
No me importa, me duermo, y sueño con batallas
en las que cabalga en un caballo blanco
y obtengo siempre la victoria.

Pregunto yo: ¿pueden saber los jóvenes
qué es la patria, el amor a la patria,
si no han visto la vida desde el solio
a lo largo de quince cortos años?
Yo los mando a matar,
los convierto en héroes o en mártires
y no me lo agradecen sin embargo.

Yo sólo soy un viejo gorila que bosteza.
Mi nana me ha dicho que descanse;
también los brujos indios me aconsejan
que no me mate tanto y que repose.

Ahora sueño, sueño y sueño,
sueño con el palacio que he construido,

a la orilla del lago,
para dulces muchachas que me digan,
al morderme la oreja,
que está bien todo lo que hago y ejecuto
porque soy el presidente de la república
y, además, el más tierno de todos los gorilas.

Retrato antiguo

Soplan como el huracán
tus ágiles piernas girando en la nieve
y en mi patio crecen flores morado lila.
¿Es esta la herida? ¿Es esta la nostalgia?

Contigo visité las islas que fingen
en el mantel las manchas de vino
y juntos escuchamos el canto
de los árboles atormentados
bajo la media luna de otoño.

Giran tus ojos llenos de lujuria
y no hay agua capaz de apagar este incendio.
Sólo brazas que quedan en la mano.

Cabellera de leona, pezones de obsidiana,
esta mañana tu recuerdo se volvió poema.

Hace doce años que dormimos juntos.

Como los ángeles

En el lecho de amor y frescos linos
se estremeció tu desnudez morena
cuando aproxima el mar sus remolinos.

Nos buscamos en todos los caminos
 (la incertidumbre, la pasión la pena)
 y nos hallamos. En la misma vena
 latía nuestra sangre su destino.

Y fuiste mía en la mejor penumbra
 formada por tu cuerpo y mi deseo
 seda compacta y vértigo que encumbra.

Ángeles impulsados al abismo
 yo de tus brazos mórbidos fui reo
 y tú, libertadora de mí mismo.

Credo

Creo en las piernas femeninas
 que andan muy seguras de sí mismas
 creo en las mujeres de pechos rebosantes
 casi con toda la vía láctea sobre el torso
 y en las que tienen pechos como alondras
 alondras que gimen al amanecer
 para avisar al mundo que va a salir el sol
 creo en las caderas todopoderosas
 y en las cinturas flexibles y volátiles
 en cuyo centro vibra un ombligo parabólico
 creo en las espaldas desnudas
 que se estremecen como cañas
 al ser rozadas con las yemas de los dedos
 creo en los glúteos flotantes y fluctuantes
 y en su liviana dureza de seda y aluminio
 creo en fin en el diamante negro
 en el melocotón dorado
 y en la encarnada antorcha
 que en la entrepierna ocultan las mujeres

Praga la ciudad dorada

I

De pronto estoy en Praga
 en una oscura y apartada calle
 en donde en cada casa hay una estatua,
 la mano de un héroe
 o la pequeña antorcha de un tiesto de geranios.

Ecos medioevales de viejos clavecines
 resuenan en las piedras de la plaza.

De un árbol de listones y de encajes
 frescas brotan naranjas del siglo dieciséis.

Praga, la vieja, callejón del tiempo,
 esconde entre sus muros la esfinge del pasado;
 el tiempo está enredado en las estatuas
 y cada piedra tiene sabor de monumento,
 sabor de patio antiguo que en silencio bosteza.

Hay palacios de mármol y grises telarañas,
 altas torres de niebla, viejos puentes,
 fontanas donde siglos cayera la misma agua
 y templos donde rezan hombres y fantasmas.

-Son las tres de la tarde de mil quinientos veinte-

II

Avanzo por un parque hacia el día domingo
 hacia el día de fiesta de la ciudad dorada,
 hacia el oro bruñido de los días actuales
 y me encuentro con Praga como un relámpago,
 es decir, como con una espada deslumbrante

atravesando el vientre espeso de las sombras,
rasgando telarañas, haciendo que las piedras
chispas broten y brillen con polvo de esmeralda.

El sol de Praga enciende y pule las acacias,
cuaja de pedrería los troncos de los tilos
y las ramas alegres de los otoños nuevos;
se dobla en las esquinas como una barra de oro,
en los puentes dibuja espejos y mosaicos,
juguetea en el río como un niño desnudo
y despide sus últimos reflejos opalinos
desde las trenzas húmedas de muchachas que ríen.

El sol de Praga es un estajanovista rubio.

III

Con Julian Fucik amo esta ciudad amada:
con sus labios me bebo su licor de alegría,
con sus ojos admiro el alba que la envuelve,
las flores que ahora besa un tibio viento claro;
con su voz llamo al sol: "redondo hechicero"
y saludo la vida, la vida luminosa
que está naciendo en Praga, llenándola de luces;
con sus pasos visito librerías y fábricas,
museos y almacenes, bibliotecas y teatros,
y en todas partes bullen antorchas de amatista,
energías creadoras y panales dorados;
con sus risas se funden mis risas y las risas
de todos los obreros y de todos los hombres
que construyen en Praga la dicha para todos:

la esperanza de Fucik que Praga esculpe en oro.

Usted pasó por México

Usted pasó por México
cuando otoño era un límpido cristal,

los árboles movían sus rojos estandartes,
había luminosas tristezas en el cielo
y la tarde era un gozo de público dominio.

Iban perros de caza
mordiéndolo el armonioso silencio de los bosques.

La desnuda pureza de la tarde
devolvía perfectos los sonidos.

El rumor de las hojas,
la claridad, el descubierta cielo,
los árboles, usted, el quejumbroso otoño.

Vuelto a mi soledad acostumbrada
al encender un cigarrillo
noté que estaba enamorado.

Voz y voto del geranio

I.- Razón

Abierta la ventana
al nuevo día que despacio viene,
puros olores que del campo trae
saltan alegres, bailando llegan;

columpia la mañana
trinos y ramas
y sobre el aire claro
espónjanse los pájaros;

muy más que el sol que la ventana inunda
el tiesto de geranios me ilumina.

7.- Amor del geranio

Amo, geranio, tu corola roja
 y la raíz que te sostiene oscura,
 tu tierno tallo de jovial cintura
 y el amarillo vértigo de tu hoja.

Amor de cuerpo entero y de congoja
 este que siento por tu gracia pura,
 amor de largo beso y mordedura
 éste que ahora duéleme y aherroja.

Porque me das la luz que desaloja
 la espesa sombra que mi ser tortura
 mi ser ante tu ser su amor deshoja.

Porque eres la razón de esta locura
 de estar amando sin razón, se antoja
 alto tu ser que entrégame a su altura.

16- Signo del geranio

Pasó la ágil muchacha,
 la góndola de todas las dulzuras,
 la muchacha más guapa de mi barrio,
 la que estuvo sirviendo en casa grande;
 y llevaba un geranio entre su vientre.

Pasó el más explotado:
 ese pequeño voceador descalzo
 que grita las noticias por la calle,
 que a veces va a la escuela
 y siempre tiene ardidadas las pupilas
 de frío, hambre y sueño;
 y llevaba un geranio en las mejillas.

Todos llevaban su geranio
 y todos ensayaban
 no el signo de la cruz, sí el del geranio.

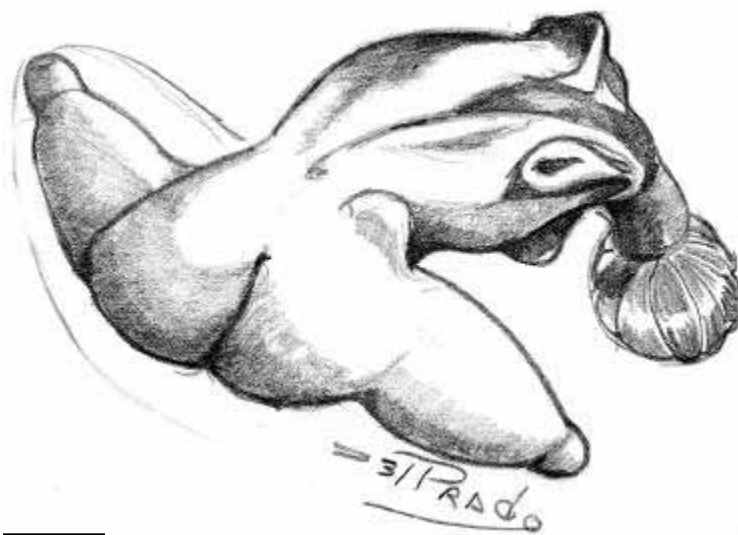
20.- Voz y profecía

Oigo tu clara voz, tu voz profunda,
 vivo geranio, martillando el viento;
 oigo tu fresco, varonil acento
 que los espacios como el sol inunda.

En la niebla compacta, que difunda
 tu voz la claridad con nuevo aliento;
 la renovada luz sobre el lamento
 que parte nuestra sombra gemebunda.

Mientras más en la dura tierra se hunda
 tu raíz para sólido cimiento
 es más clara tu voz y más fecunda

y, percibida por el irredento,
 vierte en la oscuridad que nos circunda
 la profecía de un resurgimiento. ■



Del Prado